

— Dejadlo que se aproxime, dijo el cardenal; bueno es que se habitúe á estos espectáculos.

Estas fueron las últimas palabras que pronunció, y expiró el 29 de enero de 1743 á la edad de 89 años.

Un epigrama fué su oración fúnebre.

« Hace cien años, decían, que está la Francia enferma. Tres médicos vestidos de encarnado la han asistido sucesivamente. Richelieu la sangró; Mazarino la purgó; Fleury la puso á dieta. »

Como para acompañamiento del duelo por la muerte del cardenal ocurrieron en aquel tiempo muchas muertes de importancia.

El rey de Prusia había muerto y le había sucedido su hijo Carlos Federico, el mismo á quien su padre había querido hacer cortar la cabeza.

Luis Enrique de Borbón había muerto en Chantilly; era el sucesor del duque de Orleáns, como primer ministro; y el amante de la señora de *Prie*.

La reina Ana de Neubourg, viuda de Carlos segundo, princesa pensionada de España, había muerto en Guadalajara.

Juan Bautista Rousseau había muerto en Bruselas, adonde hacia treinta años se había retirado.

El cardenal de Polignac había muerto en sus posesiones. El mismo á quien vimos figurar en el asunto del príncipe de Cellamare.

La reina viuda de España, Luisa Isabel de Orleáns, había muerto en el Luxemburgo.

Rollín, autor de la historia antigua, había muerto siendo profesor de elocuencia en el Colegio real.

Y en fin, había muerto en Viena el emperador Carlos VI, y su muerte iba tal vez á comprometer la paz de la Europa.

## CAPÍTULO IX

Declara Luis XV que quiere gobernar por sí mismo. — Honores fúnebres de Fleury. — Retrato del rey. — La corte íntima. — Los caballeros y las señoras. — La señora de Maurepas. — La señora de Pica. — Las condiciones de la señora Tournelle. — Versos del señor Maurepas. — Estado de la Europa. — El señor de Belle-Isle. — Se declara la guerra. — María Teresa. — Federico II. — El elector de Baviera. — Mauricio de Sajonia. — El señor de Broglie. — Chevert en Praga. — El señor de Mailleboix. — La retirada del señor de Belle-Isle. — Guerra en Italia. — Los españoles. — Los ingleses. — Versos del señor Turgot.

Apenas había acaecido la muerte de Fleury, cuando el rey Luis XV, á semejanza de su abuelo Luis XIV, declaró que quería reinar y gobernar por sí mismo.

Y con efecto, el reinado de Luis XV no comienza en realidad sino después de la muerte del cardenal de Fleury.

Principió por hacer unos honores fúnebres, casi reales, al ministro difunto. Hizo celebrar un oficio solemne en Nuestra Señora y mandó que se le erigiese un mausoleo en la iglesia de San Luis del Louvre.

Contaba entonces el rey de Francia 33 años; su porte era noble, su rostro bastante bello, su afabilidad extremada; rara vez se desprendía de sus labios una expresión dura; su juicio era recto y su tacto seguro; conocía bastante bien á los hombres y

á las cosas, y repetía á menudo el dicho de Carlos V:

« Los literatos me instruyen, los negociantes me enriquecen, y los grandes me despojan. »

Con todas estas cualidades su naturaleza era apática. No haría daño; pero lo dejaría hacer, no porque no tuviese la inteligencia suficiente para comprender el mal, sino porque no tenía la fuerza de voluntad necesaria para reprimirlo.

Ninguna mudanza se verificó en el personal después del fallecimiento del cardenal.

Quedó Amelot en Hacienda, los señores Maurepas y San Florentín recibieron por colega al señor Argensón que entró en el ministerio de la Guerra en reemplazo del marqués de Breteuil, que como se ha dicho, acababa de morir. Orri conservó el registro de Hacienda y Aguesseau permaneció de canciller.

De este arreglo resultaba que poniéndose el rey, como decía, al frente de la dirección de los negocios, no tomaba sobre sí ningún cargo grave; los negocios seguían el impulso dado, y la máquina gubernamental marchaba por sí sola.

Luis XV por otra parte se hallaba en aquellos momentos mucho más ocupado en sus amores que en la política.

Rodeado por Meuse, el conde de Noailles, el duque de Agén, Villeroy, Guerchy, Coigny, Fitz-James, Aumont, Goutant y Richelieu, continuaba el rey tejiendo tapices, y todo el mundo lo imitaba, hombres y mujeres.

La nueva corte de la señora de la Tournelle se componía de las princesas de Conti, de Charolais, de la Roche-Sur-Yon; de las señoras de Antin, de Soubise, de Egmont, de Bouffleurs y de Chevreuse. Sólo la señora de Maurepas no hacía la corte á la Tour-

nelle, ó por mejor decir, la Tournelle no capitulaba con la Maurepas, á la que la Tournelle y sus amigas llamaban la Dama de Pica.

Quando la señora de la Tournelle se había entregado al rey, debe recordarse que fué después de haberse resistido por mucho tiempo.

Á semejanza de los gobernadores de plazas fuertes que se venden, así había ella gastado aquel tiempo en discutir y hacer aceptar sus condiciones. Enrique IV había comprado Paris al señor de Brissac; su cuarto sucesor, Luis XV, tuvo que ratificar las condiciones que impuso la cuarta hija del marqués de Nesle.

He aquí los artículos de la capitulación del 10 de diciembre de 1742, propuestos por la señora de la Tournelle y ratificados por el rey.

ARTÍCULO PRIMERO. — Mi hermana, la señora de Mailly, saldrá de Versalles y será encerrada en un convento.

ART. 2º. — Mi título de marquesa se trocará por el de duquesa, con los honores y distinciones anejos á esta dignidad.

ART 3º. — Me proporcionará el rey una fortuna tal, de que no pueda privarme ningún acontecimiento, y mi fortuna será independiente de todas las variaciones que puedan ocurrir en las inclinaciones de S. M.

ART. 4º. — En caso de guerra, se pondrá el rey á la cabeza de sus ejércitos; no queriendo la señora de la Tournelle que se le acuse de haber estorbado que el rey cumpla con sus deberes de soberano.

Ya hemos referido cómo había sido cumplida por Luis XV la primera de las condiciones, que convirtió á pesar de todo el claustro en un palacio en la calle de Santo Tomás del Louvre.

« Luis, por la gracia de Dios, etc., etc. Siendo el derecho de conferir títulos y honores, uno de los atributos más sublimes del poder supremo, los reyes nuestros predecesores nos han dejado muchos monumentos del uso que han hecho de este poder en favor de las personas, cuyas virtudes y mérito han querido ilustrar.

» Considerando en consecuencia que nuestra querida y muy amada prima María de Mailly, viuda del señor marqués de la Tournelle, es descendiente de una de las primeras familias de nuestro reino, enlazada con la nuestra y con las más antiguas de Europa; que sus antecesores han hecho de muchos siglos á esta parte grandes é importantes servicios á nuestra corona, hemos tenido por conveniente darle por nuestro decreto de 20 de octubre último (1743), el ducado de Chateauroux con todas sus pertenencias y dependencias, sito en Berry, que hemos adquirido de nuestro muy querido y amado primo Luis de Borbón, conde de Clermont, príncipe de nuestra sangre. Y por el mismo decreto hemos mandado se expidan en favor de nuestra dicha prima, todos los títulos y documentos necesarios, y en consecuencia del mismo decreto ha tomado el título de duquesa de Chateauroux y disfruta en nuestra corte los honores correspondientes á este título. »

Este título le fué remitido á la señora de la Tournelle en una cajita, que contenía además un contrato de 80,000 libras de renta.

El señor Maurepas había sido vencido; la señora de la Tournelle era duquesa, era la favorita del rey, tenía su fortuna asegurada, y lo que era un favor superior á todos, tenía asiento en la corte.

La última estipulación de la señora de la Tournelle,

que exigía que el rey se pusiese al frente de sus ejércitos no estaba destituida de fundamento.

La muerte de Carlos VI había puesto en peligro la paz de la Europa.

En virtud de una pragmática-sanción, María Teresa, gran duquesa de Toscana, su hija primogénita, había sido reconocida por los grandes, por el ejército y por la magistratura, como heredera y soberana de los estados que componían la sucesión de su padre.

Veamos cuál era la situación de Europa cuando acaeció la muerte del emperador.

El ministerio del cardenal de Fleury había luchado sin cesar con el solo objeto de conservar la paz. Las guerras de Italia y de Alemania habían hecho titubear por un momento al ministro; pero en el momento que se le presentó una ocasión favorable, la aprovechó, terminando esta guerra en 1738 por el tratado de Viena.

El turco desolaba la casa de Austria; el cardenal se interesó por la situación del emperador, y su embajador, el marqués de Villeneuve, obligó á la Puerta á que concluyese con el imperio el tratado de 1739.

Agitada Génova por las facciones, envió el cardenal tropas á Córcega para comprimir allí una insurrección que hubiese complicado la situación de los genoveses.

Todas las naciones, inclusa la España y la Gran Bretaña, miraban á la Francia como una madre común que tenía la misión de mantener la paz entre sus hijos, los reyes de Europa.

Existía por desgracia entre estos soberanos, un rey que nunca había sido sumiso y dócil. Era Federico II, el cual, como se ha dicho, acababa de heredar el trono de su padre, y con el trono veinte millones de escu-

dos y ochenta mil soldados perfectamente uniformados.

Este ejército, no tal vez el más numeroso, pero sí el mejor y más regular de Europa, tenía además todo su material completo.

Habría bastado una sencilla orden del rey para que todo el ejército con su material hubiese entrado al instante en campaña.

Por esto escribía el señor de Beauveau, embajador de Francia cerca de Federico, que el rey de Prusia se sofocaba en su reino, y que necesitaba un lecho más grande para reposar.

¿Y á costa de quién habría podido el rey de Prusia adquirir ese mayor lecho que necesitaba? Era evidente que no podía ser sino á costa del Austria.

Para este objeto tenía Federico II dos aliados naturales: la España y la Francia.

La España, en la guerra de 1753, le había ya tomado al Austria el reino de Nápoles, y á cada ocasión que se presentaba, no dejaba de reclamar á diestro y siniestro algunos trozos de provincia ó alguna prerrogativa honorífica.

Así es, que apenas subió al trono María Teresa, le pidió á ésta le cediese la orden del Toisón de oro. La reina, que era la que en España lo dirigía todo, había averiguado, que conforme al derecho público de Austria, heredaban las mujeres las soberanías de sus padres, y que de consiguiente, todo lo que Carlos VI había dejado á María Teresa, pertenecía de derecho á Felipe V, heredero por las mujeres de un heredero de Carlos V.

En cuanto á la Francia, el Austria era su antigua enemiga; la política de Enrique IV, de Richelieu y de Luis XIV, tendían constantemente á reducirla. Le

habían quitado poco á poco los medios de llegar á ser nunca potencia marítima: la habían circunscrito en el continente y confinado en el fondo de la Alemania; y así como en la última guerra, la España le había quitado á Nápoles, la Francia le había tomado la Lorena.

Lo que convenia á los intereses de la Francia y de la España, no debía convenir naturalmente á la Inglaterra: la alianza de la Francia con la Gran Bretaña había sido siempre corta y agitada. La Francia en posición de ser á un tiempo potencia marítima y continental, debe causar continuamente celos á la Inglaterra. Sólo los intereses de familia pueden tener unidos á sus gobernantes; pero nunca los intereses del pueblo.

En cuanto á la España, hacia ya tiempo que se hallaba empeñada en guerra con la Inglaterra; vamos á manifestar la razón porque la Inglaterra había declarado esta guerra.

Por los tratados de Utrecht y de Sevilla podían enviar los ingleses todos los años á las posesiones españolas en América un buque de quinientas toneladas, cargado de mercaderías. Pero una vez fondeado este buque, en cualquiera rada, dejaba de ser un buque de transporte y se convertía en un almacén, que á medida que se vaciaba en la colonia, venían buques menores contrabandistas á traerle nuevas mercaderías, de suerte que los españoles nunca veían el fin del interminable cargamento de este buque; y el comercio de las colonias españolas, amenazaba pasar entero á manos de los ingleses.

Se decidió entonces la marina española á hacer á los contrabandistas una guerra encarnizada.

Fué apresado un buque pequeño inglés en flagrante

delito; lo mandaba un inglés llamado Jenkins: el capitán español hizo poner grillos á toda la tripulación, y mandó cortar las orejas y la nariz al patrón.

De vuelta á Inglaterra se presentó Jenkins al parlamento, así mutilado, y fué acogido con admiración, mientras que en el exterior del parlamento los gritos del pueblo inglés pedían venganza.

Interrogado Jenkins refirió sencillamente los pormenores de su apresamiento y de su suplicio, añadiendo en seguida:

— Luego que me cortaron la nariz y las orejas me amenazaron con la muerte, y yo la esperaba resignado recomendando mi alma á Dios y mi venganza á vuestra justicia.

Entonces el parlamento no pudo hacer otra cosa que repetir el grito del pueblo, y se declaró la guerra á España.

Tal era la posición de todas las potencias, cuando Maria Teresa fué proclamada emperatriz de Austria.

Tenia entonces Maria Teresa 25 años de edad, de hermoso rostro y majestuosa talla; conservaba toda la tranquilidad de su carácter aunque conocia que toda la Europa la amenazaba y se preparaba á despojarla.

Y con efecto, la España se alistaba para hacer la guerra en sus posesiones de Italia.

El rey de Cerdeña ambicionaba posesionarse del Milanésado.

Federico permanecía extendido y fortificado en la Silesia.

Y la Francia dirigia sus tropas á las Flandes y al Rhin.

También esta vez el cardenal de Fleury, aunque decia que no había hombres para la guerra, se había visto obligado á conformarse con ella.

El señor de Belle-Isle lo había decidido.

El conde de Belle-Isle, sostenido constantemente en todos sus proyectos por el caballero de Belle-Isle, hombre casi tan notable como él, había improvisado un plan diplomático y militar de la mayor importancia. El consejo se había ocupado diez sesiones en examinarlo; y á pesar de la silenciosa oposición del cardenal de Fleury, el plan fué aprobado, y viendo entonces el cardenal la tendencia general, no sólo se unió al movimiento, sino que quiso dirigirlo.

Pedia el conde de Belle-Isle cien mil hombres.

Fleury puso alguna dificultad en este número, porque cien mil hombres en campaña iban á consumirle en un año todo cuanto había economizado en diez.

Entonces presentó al rey el señor de Belle-Isle una estadística en la que mil y quinientos caballeros de 17 á 30 años pretendían emplearse personalmente en el servicio, y sacrificar su patrimonio por la gloria de la Francia. Casi sin otro auxilio más que el que le prestase la nobleza se podrían llevar ciento y cincuenta mil hombres á las orillas del Rhin.

Apoyó el rey las ideas del conde de Belle-Isle: veía que en esta guerra iba á ganar para la Francia las fronteras del Rhin. Aun titubeaba Fleury, pero el rey declaró que tenia contraídos compromisos con el rey de Prusia, y el elector de Baviera. En su consecuencia, se dieron instrucciones al señor de Belle-Isle para marchar á Berlín y á Munich, y fué perfectamente recibido por el rey Federico y el elector Carlos Alberto.

Tenia el rey de Prusia cincuenta mil hombres en Silesia, y el elector de Baviera tenia treinta mil sobre el Inn y el Danubio.

Pedia cuarenta mil franceses, ofreciendo apoderarse

de la corona imperial, y una vez declarado emperador, cedía á la Francia la orilla izquierda del Rhin.

En cuanto á María Teresa, se la dejaría permanecer como reina de Hungría.

Recibió el elector Carlos Alberto los cuarenta mil hombres que había pedido, y fué nombrado generalísimo de los ejércitos francés, bávaro y sajón.

Otro ejército de cuarenta mil hombres, á las órdenes del mariscal de Maillebois, se concentró en Westfalia para contener á los hannoverianos y al territorio de Brunswich y vigilar á los estados de Holanda y los Países Bajos austriacos.

Por esto escribía María Teresa á su suegra la duquesa de Lorena el 18 de mayo de 1741 :

« Na sé si me quedará hoy alguna población en que pueda recogerme. »

Rodeada por tales peligros, hizo María Teresa una manifestación á sus fieles húngaros. Se presentó á la dieta llevando en brazos á su hijo, y los palatinos exclamaron al verla :

« *Moriamur pro nostro rege Maria Theresa.* »

Y en cambio de este grito de entusiasmo, prestó María Teresa el antiguo juramento del rey Andrés II, que se remontaba al año de 1222, concebido en estos términos :

« Si yo ó alguno de mis sucesores, en cualquiera época que sea, quisiese infringir vuestros privilegios, que en virtud de esta promesa que acabáis de hacerme, os sea permitido á vosotros y á vuestros descendientes, defenderos sin ser tratados de rebeldes. »

Era un magnífico espectáculo ver á esta emperatriz con su hijo en brazos, pidiendo socorros á sus pueblos. Esta escena de la dieta de Hungría, tuvo eco en Europa. La emperatriz de Rusia, joven y bella, se

declaró en favor de otra emperatriz, también joven y hermosa como ella. Walpole, el aliado que había sido del cardenal de Fleury, acababa de caer en Inglaterra; Carteret, enemigo de la Francia, le sucedió. La duquesa de Marlboroug se proclamó la admiradora de María Teresa, y se puso al frente de una suscripción que produjo ocho mil libras esterlinas. Los estados generales de Holanda le ofrecieron un empréstito de tres millones de ducados. La campaña se abría con todos los elementos de una guerra general.

Toda la nobleza de Francia se había alistado en las banderas. El mariscal de Broglie, que mandaba el ejército de Bohemia, tenía á sus órdenes á Mauricio de Saxe, á d'Aubigné, Boufflers, Tessé, Clermont, el duque de Birón, y en fin, á Chevert, que no era todavía más que jefe de batallón en el regimiento de Beaume, y que en aquella campaña debía alcanzar el grado de mariscal de campo y el cordón rojo.

El 25 de noviembre de 1741, fué tomada por asalto Praga. Chevert, al frente de los granaderos, se había lanzado á la muralla; pero un momento antes de marchar á ella, había llamado á un sargento, y le había dicho, señalándole el ángulo de un bastión :

— Atiende bien. ¿ Subirás por allí ?

— Sí, mi coronel.

— Cuando te aproximes al muro te darán el quién vive.

— Sí, mi coronel.

— Tú no respondas. Repetirán otra vez, ¿ quién vive ?

— Sí, mi coronel.

— No respondas tampoco, y volverán por tercera vez á gritar : ¿ Quién vive ?

— Sí, mi coronel.

— Tampoco has de responder esta vez, y te dispararán un tiro.

— Si, mi coronel.

— Pero no te darán.

— Si, mi coronel.

— Y entonces matarás tú al centinela.

— Si, mi coronel.

— Y entonces llego yo á tu lado para socorrerte.

— Si, mi coronel.

El sargento marchó; todo acaeció como Chevert lo había dicho, y él llegó al lado del sargento como lo había ofrecido.

Tomado Praga, se hizo de esta plaza el centro de las operaciones. Federico estaba en Moravia; Carlos Alberto, elegido emperador por la dieta de Francfort, fué proclamado en Bohemia. Ya se amenaza á Viena, las avanzadas del ejército francés están más allá de Lintz, y marchan sobre la abadía de Meth. De repente se ve que María Teresa vuelve á tomar la ofensiva; y se sabe que por mediación de la Inglaterra se ha firmado el tratado de Breslaw, entre la emperatriz y el rey de Prusia.

En pos de este tratado, por el que Federico II reconoce á María Teresa, como emperatriz de Austria, en cambio de la Silesia, se ve venir la coalición de los pueblos del Norte contra la Francia.

Inglaterra, Dinamarca, Prusia, Rusia y Austria.

Por esto los prusianos y los sajones nos faltaron á la vez; sesenta mil hombres abandonan á un tiempo la línea de operaciones, y de la noche á la mañana los bávaros se ven envueltos por los austriacos, que no tienen necesidad de hacer frente á un enemigo que se ha convertido en aliado. Passaw y Munich en poder de los imperiales, cortan la retirada.

Pero el conde de Belle-Isle, creado mariscal por el rey, acaba de llegar á Praga. Hombre de recursos, el genio de la guerra es en él lo que el genio de la hacienda era en su abuelo.

El mariscal de Broglie, abandonado por los sajones y los prusianos, marchará sobre Praga, donde se encontrarán todas las tropas que se puedan reunir, y entonces, abriéndose paso, se emprenderá la retirada sobre el ejército del mariscal de Maillebois, que estaba en Westfalia.

Esta concentración se verificó sin gran pérdida; el ejército francés maniobró con admirable precisión, y se reunieron treinta mil hombres.

Sesenta mil austriacos, á las órdenes del príncipe Carlos de Lorena, avanzaron hacia Praga.

La noche misma de su llegada, sin darles tiempo para reposar, hicieron una salida doce mil franceses, dispersaron á los austriacos y les hicieron dos mil prisioneros.

Los franceses perdieron al señor Tessé, muerto en la pelea, y el señor Birón herido.

Llegan á Paris los correos que anuncian la defeción de Federico: los ejércitos del Rhin y de Westfalia pueden marchar al socorro de los treinta mil franceses encerrados en Praga.

En el interin se propone en el consejo que se entablen negociaciones, que se reconozca á María Teresa como emperatriz, y salgan de Praga libres los franceses.

Pero el rey hace observar el fatal efecto que ha de producir la capitulación de Praga.

El registrador general, Orri, declara que tiene ochenta millones á disposición del rey para el servicio del Estado y el bien de la patria.

Se determinó no negociar. Que se envíe orden á Maillebois de hacer una marcha rápida sobre el Danubio y auxiliar la guarnición de Praga.

Franceses y austriacos, sitiados y sitiadores, saben al mismo tiempo la marcha de Maillebois.

Después de cincuenta y seis días de trinchera, levanta el sitio el príncipe Carlos, y se aleja á favor de la noche para marchar contra Maillebois.

Al instante, el mariscal de Broglie abandona con su ejército el campo atrincherado; Mauricio de Sajonia, que conocía la Bohemia, le sirve de guía; comienzan por libertar la guarnición de Egrea, y por este medio se ponen en comunicación con el mariscal Maillebois.

En el momento dispone el mariscal de Belle-Isle la evacuación de Praga, en la que queda solo Chevert con cuatro mil hombres.

Al cabo de doce días de marchas admirables, los señores de Broglie y Belle-Isle se reúnen al mariscal de Maillebois.

Queda Chevert en Praga con sus cuatro mil hombres, para los que obtendrá una capitulación con todos los honores de la guerra.

La España por su parte habia invadido la Italia reclamando á Parma y el Milanesado; pero para esta reclamación no podia contar con la alianza del Piamonte. Parma y el Milanesado han sido siempre el objeto de la eterna ambición de la casa de Saboya; por esto la casa de Saboya se adhiere al Austria, su enemiga eterna. Los españoles, secundados por los napolitanos, son los solos que operan en Italia, cuando de repente se aparece en la habia de Nápoles una escuadra de seis navios de linea, de sesenta cañones y seis fragatas, todos con pabellón inglés.

El comodoro Martyns mandaba esta flota. El mismo

no sabia lo que venia á hacer en el mar Tirreno. Tenia despachos cerrados con orden de no abrirlos sino en el golfo de Nápoles.

Llegado á su destino abre sus despachos. Estos contenían la orden para bombardear á Nápoles, si en el término de una hora no se comprometía el rey á retirar sus tropas de la Italia baja y á conservarse absolutamente neutral.

Quedaron, pues, solas y aisladas las tropas de Felipe V ante las tropas austriacas que se hallaban prontas en Italia.

De esta suerte, en menos de tres meses, no sólo se habia levantado de su abatimiento la casa de Austria, sino que también se habia coligado con todas las naciones que habia en Europa más hostiles á la Francia; y el estampido del cañón iba á retumbar desde Nápoles á Strasburgo, del Océano al Mediterráneo.

En estas circunstancias fué cuando falleció el cardenal de Fleury, y cuando la señora de Chateauroux, á semejanza de Inés Sorel, estipuló como condición de su amor, que el rey de Francia habia de tomar en persona el mando de sus tropas.